

**DEVENIR
EN EL CAMINO
DE LA
INVESTIGACIÓN
EN LA EIM
HASTA
EL PRESENTE**

Queridos profesores y estudiantes de la Escuela de Idiomas Modernos:

Ante todo, quiero agradecer esta cálida invitación a la Semana del Traductor y del Intérprete para hablarles acerca de la investigación en la Escuela de Idiomas Modernos, la que he conocido, la que me ha sido dado realizar y el desarrollo de la misma que visualizo para los próximos años. Debo disculparme por no poder estar con ustedes físicamente, pues me encuentro en estos momentos en Bogotá, asistiendo a un coloquio de investigadores sobre una de mis líneas de investigación, que comencé a desarrollar siendo una joven profesora de la Escuela de Idiomas Modernos.

Quiero dedicar estas palabras a los jóvenes profesores de nuestra escuela que acaban de presentar su concurso de oposición y que inician su carrera como profesores ordinarios de nuestra universidad como docentes-investigadores. Me parece una feliz coincidencia que ellos hayan concursado en el mismo año en el que he sido distinguida con el Premio “Francisco De Venanzi” a la Trayectoria del Investigador Universitario, gracias a la postulación de nuestra escuela. Por todo ello, muchos recuerdos han surgido en estos días de intensa tensión por los concursos, en siete de los cuales he tenido el honor de ser jurado, de manera que mi intervención de esta mañana, tendrá una dimensión autobiográfica, que espero sabrán disculpar.

La Escuela de Idiomas Modernos es una escuela muy joven; apenas tiene algo más de treinta años. Tuve el privilegio de concursar para el cargo de profesora instructora, con el primer contingente de profesores que concursó en la escuela en el año 1982. Para ese entonces, la escuela había esperado nueve años la apertura de los concursos. En mi caso, había esperado tan solo menos de dos semestres, pero pude compartir con ellos esos sentimientos encontrados que se viven en un concurso con más de veinte profesores de todos los departamentos de la escuela: una especie de alivio de que esté cerca del final ese proceso de estudio intensivo de un programa exigente y un inmenso temor de no resultar ilesa de esa suerte de rito de iniciación que es el concurso.

Nuestra sede de San Bernardino estaba como de fiesta: muchas aulas en concurso, muchos jurados que iban y venían con papeles en la mano subiendo y bajando escaleras, todos los profesores que habían esperado por nueve años sus concursos saludándose y deseando la mejor de las suertes para todos, la solidaridad de quienes no estaban aún concursando y veían en este acto, con atención algo aprehensiva, lo que les tocaría un tiempo después.

Para aquel entonces, no tenía yo demasiado clara la carrera de un docente-investigador. Tenía apenas veintitrés años, me había graduado el año anterior como licenciada en Letras y había comenzado a dictar clases de Castellano como miembro del Departamento de Estudios Generales. Comprendía que el concurso de oposición era el trámite

Luz Marina Rivas

*Coordinadora del
Doctorado en Humanidades
y de la Maestría
en Literatura Comparada
de la UCV*



Aura Marina Boadas lee el texto de Luz Marina Rivas



Luz Marina Rivas y Luisa Teresa Arenas conversan sobre el éxito de la IX Semana del Licenciado en Idiomas

nándose profesionalmente en el ejercicio de la investigación, que le permite actualizarse permanentemente y enriquecer su docencia. Todo profesor debe ocuparse simultáneamente de al menos tres áreas de las cinco que componen el quehacer universitario: docencia, investigación, extensión, mejoramiento profesional y administración académica.

Al docente universitario se le llama docente-investigador y, como tal, se compromete a entregar un trabajo de ascenso para acceder al primer escalafón, el de profesor asistente, a los dos años de su concurso. Luego de ello, cada cuatro años para los escalafones de agregado y asociado, y cinco más entre este y el escalafón de titular. Visto en perspectiva, esto significaba una carrera de largos quince años que teníamos por delante. Sin embargo, a los dos años, los profesores que habían concursado no entregaron su trabajo de ascenso con una sola excepción, de una profesora que dejó la universidad al poco tiempo. No resultaba fácil cumplir con los tiempos estipulados en el reglamento en una escuela que demandaba tantos compromisos de horas docentes por el déficit crónico del número de profesores (siempre doce horas, como mínimo; en algunos departamentos, a veces hasta dieciséis), más el trabajo administrativo. Tampoco, en el caso de las profesoras, quienes estábamos en la edad de formar familia, lo que suponía otras urgencias personales que había que atender, sin dejar de cumplir con la docencia. En mi departamento se presentaron en los siguientes dos años cuatro partos, con sus correspondientes permisos pre- y posnatales, las suplencias necesarias y la posposición del avance de los trabajos de ascenso. Uno de esos cuatro casos fue el mío. Sin embargo, en otros departamentos, tampoco avanzaban los trabajos de investigación. Bien, el síndrome TMTA (todo menos trabajo de ascenso), tan parecido al síndrome TMT (todo menos tesis), parecía general.

Algunos profesores nos propusimos superarlo. Yo tenía en puertas un trabajo en el área de lingüística, que involucraba el análisis de una inmensa muestra de habla oral de más de seiscientas páginas. Comprendí que necesitaba darle mejor forma a lo que en un principio había sido un proyecto apenas bosquejado. Para ello, recurrí a la memoria de mis tiempos del pregrado, cuando había sido asistente de investigación del Dr. Francesco D'Introno, generoso profesor que reclutaba asistentes entre sus preparadores y entre los mejores estudiantes de Lingüística, nos invitaba a comprender los proyectos, nos fijaba tareas y, finalmente, nos incluía como coautores. Mi trabajo como preparadora y asistente de investigación en el Departamento de Lenguaje de la Escuela de Letras me había hecho formar parte, casi sin buscarlo, de un equipo de investigadores. Ello me enriqueció tanto como dictar clases de lingüística generativa a los estudiantes del profesor. La disciplina y el rigor aprendidos en

necesario para obtener la estabilidad en ese trabajo que me gustaba tanto, pero no estaba segura de que pasaría la prueba con éxito. Felizmente, aprobé el concurso y llegó el “¿ahora qué?”, que no había estado muy nítidamente dibujado en mi proyecto de vida.

En mi departamento habíamos concursado dos personas, la profesora Mireya Fernández y yo. Nuestra tutora, la profesora Rosario De León, nos hizo tomar conciencia de la carrera que se iniciaba entonces: un docente universitario va perfeccio-

las reuniones y durante la asistencia al profesor D'Introno, así como el comprender que nada estaba dado de antemano y que el proceso de investigación estaba compuesto de preguntas que debíamos saber formular me dieron la pauta para mi tesis de pregrado, sobre el habla de los radioaficionados. Entonces, me propuse redefinir mi proyecto sobre el uso de los relativos en el habla de Caracas con mi tutora, la profesora Rosario De León. Tener su guía en diálogos fructíferos me ayudó a encontrarme bien encaminada, a pesar de que ella ocupaba la posición de directora de la escuela. En 1987 ascendí al escalafón de Asistente. Para ese momento, deseaba replantearme mi carrera. El conocimiento de la lingüística era esencial para dictar mis clases en la escuela, pero el análisis textual me llamaba a retomar la literatura, la pasión que me había llevado a estudiar Letras. La lingüística, de paso, tal como lo había ido observando en los diversos cursos de análisis del discurso dictados en la escuela por especialistas extranjeros invitados con regularidad, proporcionaba invalorable recursos para el análisis literario, que, además, constituía la materia a enseñar en los entonces llamados cursos de Castellano III y Castellano IV.

Para abreviar, comprendí que era necesario continuar investigando, pero hacerlo en compañía. En aquellos años, nuestra pequeña cátedra de cuatro personas estaba a mi cargo. Sugerí a mis compañeras que nos reuniésemos en seminarios internos para estudiar en conjunto, lo cual nos permitía actualizarnos. Sin embargo, la manera más idónea para iniciar un segundo trabajo de ascenso era continuar la formación, en mi caso, en literatura. En lo personal, siguieron los postgrados. La maestría y el doctorado me llevarían a conseguir los escalafones restantes. Hacerlos supuso hacerme de la sistematización y el rigor de la investigación literaria, comprender que la discusión entre pares (mis compañeros de estudio) me ayudaba a trabajar mejor; pude insertarme en investigaciones colectivas lideradas por mis tutores y definir las líneas de investigación que me siguen acompañando hasta hoy, cuando puedo ponerlas a disposición de mis estudiantes de maestría y doctorado: los estudios de género, la relación entre literatura e historia y los estudios de las narrativas del Caribe.

De todo ello, han surgido asistencias a eventos, múltiples publicaciones en libros, revistas arbitradas, capítulos de libros, prólogos y prensa nacional, invitaciones a participar en proyectos colectivos interinstitucionales, invitaciones a dictar cursos y conferencias en otras universidades dentro y fuera de Venezuela y, sobre todo, el enriquecimiento producto del diálogo con otros investigadores.

En los años noventa, tuve una importante responsabilidad: la jefatura de la Unidad de Investigación de la escuela. Durante ese periodo, reuní a los profesores instructores con trabajos de ascenso pendientes y a sus tutores. Se pudo constatar que, en algunos casos, para el tutor y el profesor en formación, el trabajo resultaba muy solitario. Entre las causas estaba la dificultad de encontrar tiempo para reunirse por las demandas docentes, la dificultad de hacer proyectos de investigación para profesores egresados de la escuela que no habían hecho tesis de pregrado porque la escuela no tenía previsto el trabajo de grado en su pensum de entonces, la dificultad de limitar los alcances de la investigación para hacerla viable, entre



Especialistas en idiomas maternos y extranjeros, los encargados de comunicar a los estudiantes el valor de las lenguas

Aura Marina Boadas se dirige al público en el Auditorio de la Facultad de Humanidades. Al fondo, Luisa Teresa Arenas



otras muchas. Aquellas reuniones favorecieron que los profesores compartieran dudas, recibieran retroalimentación de pares y pudieran culminar sus trabajos.

Una experiencia anterior, la coordinación de la revista *Núcleo*, me llevó a conocer los recursos de la universidad que algunos profesores desconocían, yo entre ellos. Por supuesto, una investigación no está completa si no se difunde. La publicación es la vía de difusión. La escuela lo comprendió temprano y el profesor Michele Castelli inició en los años ochenta la publicación de nuestra revista. Lo hacía de manera artesanal, invirtiendo un gran esfuerzo personal, ayudado apenas por una secretaria que tipeaba los textos. Se reproducían y encuadernaban en la escuela con recursos exiguos. Heredé la coordinación del profesor Castelli y descubrí los programas del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CDCH): financiamiento de publicaciones, financiamiento de proyectos de investigación individuales y colectivos, apoyo para asistencia a eventos nacionales e internacionales, becas de estudio, pasantías de investigación, subvención de matrícula. Hay allí un apoyo importante para la investigación que muchos profesores desconocen. La revista *Núcleo* comenzó entonces a diseñarse e imprimirse con apoyo del CDCH. Lo más difícil era conseguir artículos. Sin embargo, muy tempranamente, desde los tiempos del profesor Castelli era ya una revista con canjes internacionales. Faltaba su difusión en el país, que comenzó con su indización y mejor distribución. Actualmente, bajo la coordinación de la profesora Eva Zeuch, es una referencia nacional con los más altos puntajes de Fonacit.

En paralelo con mis estudios doctorales, formé parte del proyecto de investigación “Diversidad cultural y construcción de identidades: la narrativa del Caribe”, liderado por la profesora Rosario De León. En este trabajo participamos las profesoras Aura Marina Boadas, Mireya Fernández, Mirna Yonis y tuvimos sucesivamente invitados de otras instituciones como el profesor Gerardo Vivas, de la USB. A raíz de este trabajo y de la vinculación con la Asociación Venezolana de Estudios del Caribe (AVECA) fue posible también el intercambio con colegas de otras disciplinas (historiadores, sociólogos, politólogos, internacionalistas). Este proyecto fue importante como cohesionador de una investigación que serviría de base para la Maestría en Literatura Comparada, que se inició en 1996.

Lo sucedió otro proyecto colectivo “Narrativas del desarraigo”, recientemente concluido, que hemos hecho nuestro las profesoras Boadas, Fernández, De León y yo, no solo para estudiar las literaturas del Caribe que nos interesan a cada una, sino para contrastar resultados, encontrar confluencias que marcan a una región en sus producciones literarias y, lo más importante, incorporar a estudiantes de pre y postgrado que pudieran insertar sus tesis en este proyecto, e, incluso, pasantes de Traducción para hacer los textos teóricos accesibles a más lectores.

La escuela también ha tenido una importante presencia en las líneas de investigación del Doctorado en Humanidades, programa que favorece el diálogo interdisciplinario y que me honro en coordinar actualmente, ya con quince egresados, entre ellos, la profesora Mireya Fernández.

Por otra parte, otros departamentos de la escuela buscaron también hacer investigación en colectivo. El Departamento de Inglés, bajo el liderazgo de la profesora Adriana Bolívar y la profesora Anica Markov, se dedicó a investigar sobre análisis del discurso y lingüística aplicada. De sus trabajos resultó la base para la Maestría y el Doctorado en Análisis del Discurso, así como la Maestría en Inglés como Lengua Extranjera. El Departamento de Francés hizo también aportes interesantes a la investigación de la escuela y a los postgrados del Área de Lingüística y del Área de Letras. Recuerdo en particular los trabajos de los profesores Franca Erlich, Manuela Quintero, Jean-Louis Rebillou, Marie-Claude Specel de Chirinos y, más recientemente, Euclides Palacios y Pedro Alemán.

Los enumero porque son los que he conocido más de cerca como resultado de equipos de investigación, pero he tenido también el privilegio de conocer investigaciones individuales de los demás departamentos, entre ellas la de literatura italiana en diálogo con la latinoamericana de la profesora Francesca Polito, por ejemplo. También las investigaciones en fonética de los profesores Amalia Sarabasa, Michele Castelli y Renate Maragno merecen recordarse, por su impacto en la docencia de lenguas extranjeras. Las investigaciones en traductología del profesor Georges Bastin generaron libros referenciales para la escuela e investigaciones de tesis. Del Departamento de Traducción han salido tesis muy valiosas. El trabajo de maestría de la profesora Grauben Navas sobre las percepciones de ambos lados de la reunificación alemana es un orgullo para la Maestría en Literatura Comparada, al igual que el trabajo sobre la música de la diáspora jamaicana elaborado por el profesor Reygar Bernal y el trabajo sobre las traducciones de Andrés Bello, de María Alejandra Valero, egresada de la escuela. También nos enorgullecen los proyectos de otros jóvenes profesores estudiantes de esta maestría como Juan Carlos Sarcos, Jefferson Plaza y Raquel Moreira. Igualmente, he conocido importantes aportes del Departamento de Portugués, en particular sobre historia del Brasil, sobre las literaturas africanas y hasta sobre el escritor José Saramago, como los de las profesoras Zelia de Camargo y Digna Tovar.

Por supuesto, no son exhaustivas estas enumeraciones. Basta ver la revista *Núcleo* para comprender mejor el panorama. Sin embargo, sabemos que aún existen los síndromes TMT y TMTA ¿Qué hacer frente a ello? Creo que la escuela de los próximos años, tiene que continuar favoreciendo la investigación grupal, en la que se involucren desde temprano los jóvenes investigadores desde el pregrado, desde esa condición entusiasta que tienen los tesis, que pueden ser excelentes auxiliares de investigación, hasta los jóvenes profesores que han presentado sus concursos de oposición. Si la cohesión entre ellos se produce, se habrá logrado un importante primer paso para el establecimiento de redes, que comienzan en el pequeño espacio de la cátedra y continúan expandiéndose hacia los pares nacionales ante quienes se confrontan los resultados de las investigaciones en los diversos eventos, hacia los pares de otras disciplinas para enriquecer las investigaciones con el diálogo interdisciplinario

*Eventos se hace testigo
de las reflexiones in situ
de los invitados
internacionales*



y hacia los pares en otros países, con quienes es posible tender verdaderos puentes para que nuestras investigaciones lleguen más lejos y podamos nutrirnos de lo que se produce más allá de nuestros conocidos espacios.

En el momento actual, la Escuela de Idiomas Modernos tiene una importante presencia en la investigación de la Facultad de Humanidades y Educación y, en la medida en que haga de su investigación una convocatoria abierta a más profesores y más estudiantes, en el futuro esos síndromes TMT y TMTA desaparecerán del todo.

Para finalizar, deseo agradecer a la escuela tanto lo que me enseñó como docente-investigadora, como su reconocimiento reciente. A ella debo el Premio “Francisco De Venanzi”, que es un premio no solo para mí, sino para la Escuela de Idiomas Modernos.

Inauguración de la IX Semana del Traductor y del Intérprete y III del Licenciado en Idiomas Modernos. De izq. a der., Daniel Meléndez, Aura Marina Boadas, Mariángeles Páyer, Lucius Daniel, Luisa Teresa Arenas e Irma Brito



Miguel Ángel Vega, historiador de la traducción, atiende a los estudiantes de Lingüística II que desean entrevistarlo

